

litarios" la llevaban a atacar todo ámbito cultural o espiritual cerrado o con intenciones exclusivistas, y veía en lo básico de la cultura judía un ejemplo claro de esta posición.

El pensamiento de Simone Weil es pensamiento vivo. Nos revela la razón de ser de su vida, y ésta nos aclara el sentido de su pensamiento. No son en realidad dos instancias separadas. Al par que vivía, iba dando cuenta de su vivir.

En el prólogo a *La pesanteur et la Grâce*, Gustave Thibon niega significación metafísica al pensar de Simone Weil. No podemos aceptar en modo alguno esta desvalorización, producto de la pretendida obediencia a una exigencia "teorética" que es en suma, expresión de un pensar fósil. En este sentido, afortunadamente Simone Weil no tiene alcance metafísico. Porque entendemos que lo filosófico sólo puede encerrar verdadero valor en tanto su núcleo sea sí, meta-físico, pero nunca meta-vital.

E. Veron Thirion

GRAHAM GREENE, *El que pierde gana*. Traducción de Victoria Ocampo. Buenos Aires, ed. Sur, 1954.

Después de la innegable grandeza (digna de fray Gabriel Téllez) del conflicto que ventila *El fin de la aventura*, después de la precisión, de la aguzada finura dialéctica que brilla en casi todas las páginas del *Living room*, el título del último libro de Greene hace pensar, por lo menos, en "J'ai perdu, but I am a winner all the same", la enigmática frase que dice el duque de Bedford en el Juego de Cartas simbólico al que Claudel confía el destino terrestre de su Juana de Arco. Pero,

siquiera por una vez, Greene no pulsa aquí la cuerda trágica: su último libro —inédito aun en inglés— es un desarrollo del célebre refrán sobre el juego y el amor.

No conviene, sin embargo, suponer que *El que pierde gana* sea tan sólo una novela rosa; como tampoco hay derecho a llamar novela policial al siniestro *Ministerio del Miedo*. Greene distingue así sus novelas de sus "entretenimientos": en aquéllas se nota el predominio de uno o de varios personajes; en éstos lo más importante es la acción. Si se despoja —como quiere el autor— a la palabra "entretenimiento" de toda intención peyorativa, servirá para clasificar (con la cndeblez inevitable da las clasificaciones literarias) el presente libro.

Algún crítico podrá exclamar, con variables dosis de torpeza y mala fe, que *El que pierde gana* es una apología del capitalismo: el Gom, una suerte de vice-dios fabuloso, director de una vasta compañía, causa primero la desventura del protagonista y lo promueve luego a un "happy end" razonable y burgués. ¡Acaso no se dijo, a propósito de *El poder y la gloria*, que Greene fué agente del capitalismo inglés, enviado a Méjico por fuerzas oscuras, para espiar y después cifamar a aquel breve paraíso proletario?

*El que pierde gana* demuestra la feliz versatilidad de Graham Greene y la admirable gama de registros que posee su pluma. Ésta levanta aquí de vez en cuando alguno de los problemas que más torturan al autor (por ejemplo, el tema del tiempo), pero la fugacidad con que se los alude no consiente sombras en la alegría primordial del relato.

G. F.